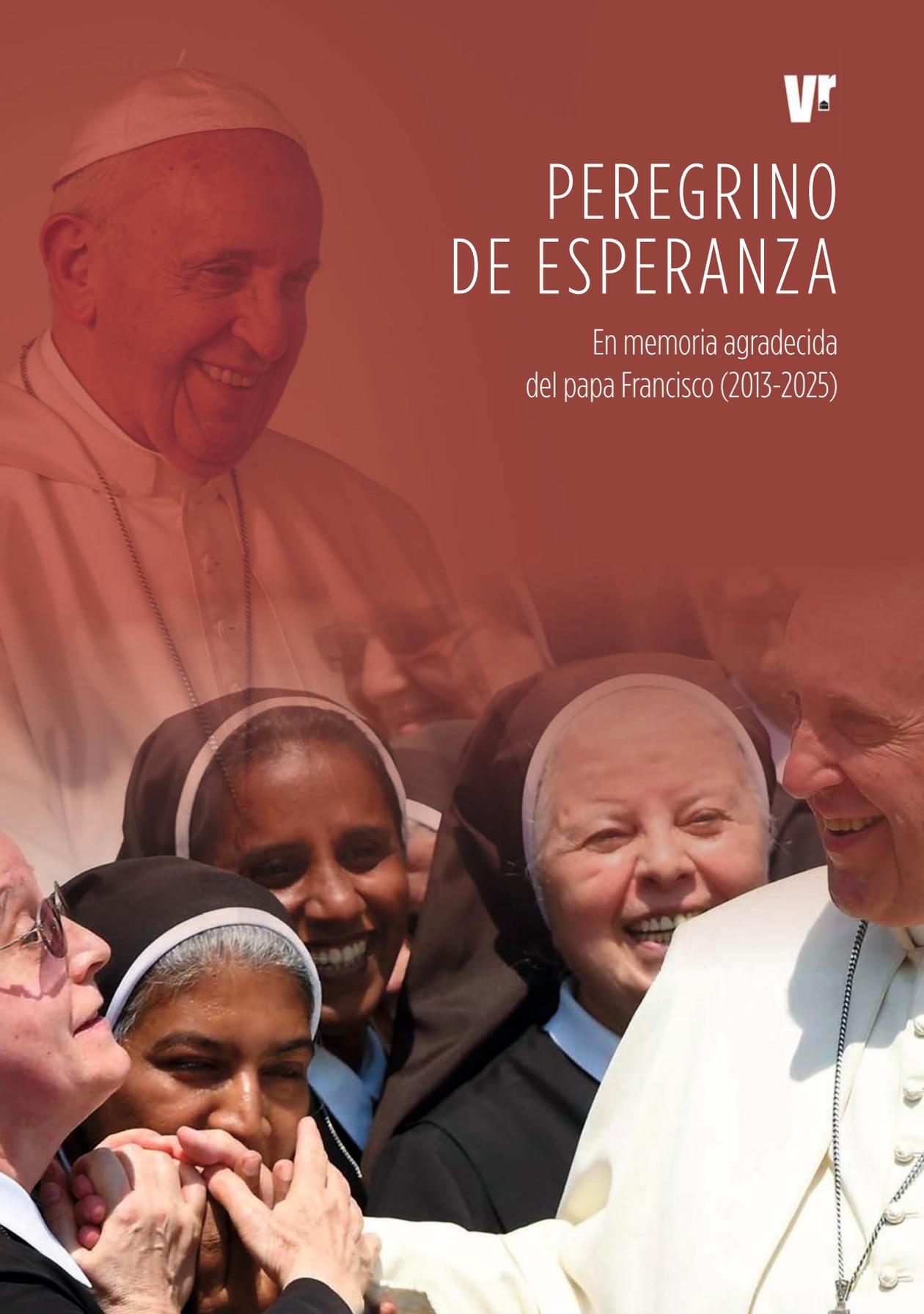


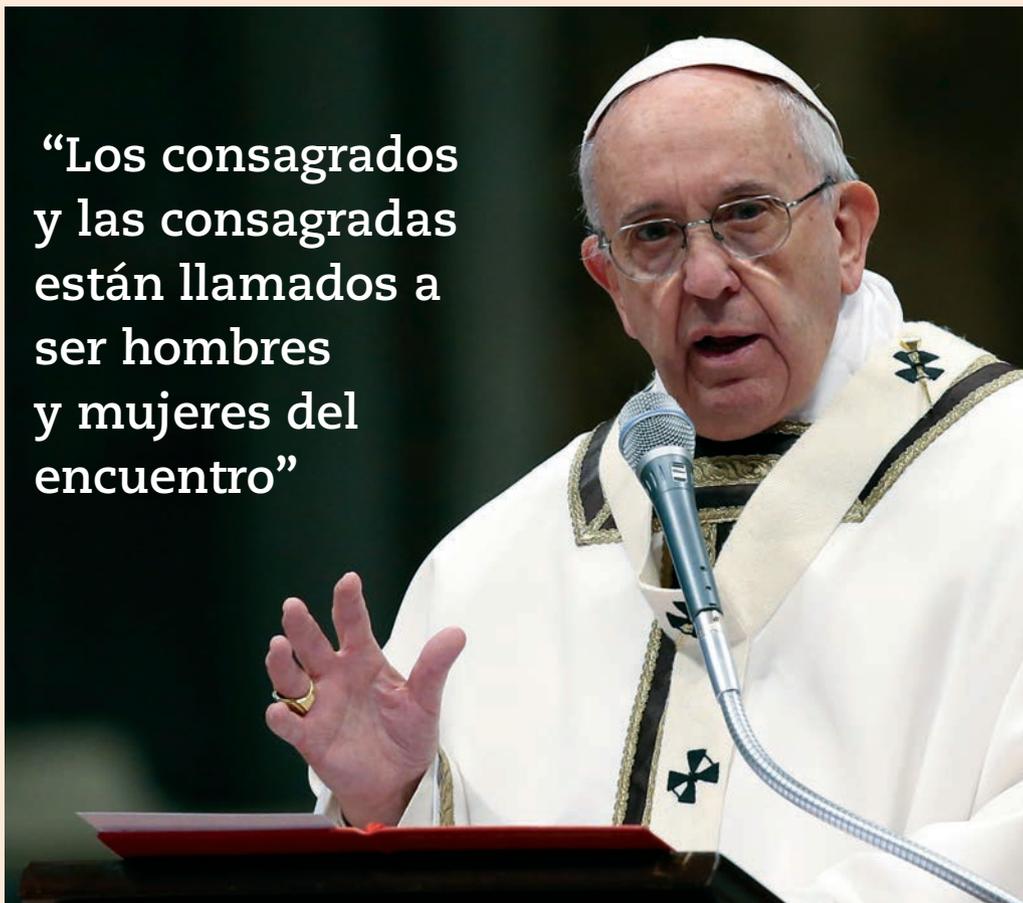


PEREGRINO DE ESPERANZA

En memoria agradecida
del papa Francisco (2013-2025)



“Los consagrados
y las consagradas
están llamados a
ser hombres
y mujeres del
encuentro”



PRESENTACIÓN



Gratitud, pasión y esperanza

Gonzalo Fernández Sanz, CMF
Director de Vida Religiosa

El papa Francisco fue ingresado en el policlínico Agostino Gemelli de Roma el 14 de febrero de 2025. Solo unos días antes, en su mensaje con motivo de la XXVI Jornada Mundial

de la Vida Consagrada, nos había dicho a los consagrados: “Hermanos y hermanas, la espera de Dios también es importante para nosotros, para nuestro camino de fe. Cada día el

Señor nos visita, nos habla, se revela de maneras inesperadas y, al final de la vida y de los tiempos, vendrá. Por eso Él mismo nos exhorta a permanecer despiertos, a estar vigilantes, a perseverar en la espera. Lo peor que nos puede ocurrir, en efecto, es caer en el ‘sueño del espíritu’: dejar adormecer el corazón, anestesiar el alma, almacenar la esperanza en los rincones oscuros de la decepción y la resignación”.

La llamada definitiva del Señor le sobrevino al alba del 21 de abril, en el lunes de la Octava de Pascua. Como a las mujeres que huían a toda prisa del sepulcro, Jesús salió a su encuentro y le dijo: “Alégrate”.

Se lo dijo a él, que en su primera exhortación apostólica *-Evangelii gaudium-* había hablado de la alegría del Evangelio; a él, que creía que donde están los religiosos está la alegría; a él, que en su último mensaje a los consagrados nos decía: “No es bueno masticar amargura, porque en una familia religiosa –como en cualquier comunidad y familiares personas amargadas y con ‘cara sombría’ hacen pesado el ambiente; estas personas que parecer tener vinagre en el corazón. Es necesario entonces recuperar la gracia perdida, es decir, volver atrás y, mediante una intensa vida interior, retornar al espíritu de humildad gozosa y de gratitud silenciosa”.

Desde la revista *Vida Religiosa* queremos rendir un homenaje de sentida gratitud a un Papa que, siendo él mismo religioso y conociendo la belleza y fragilidad de esta forma de vida cristiana, nos ha invitado a no desesperar, a seguir siendo “testigos y mensajeros” de la alegría del Evangelio, “peregrinos de esperanza” en un mundo que afronta el futuro con incertidumbre.

A lo largo de sus doce años de pontificado, las páginas de *Vida Religiosa* se han hecho eco de sus numerosos mensajes a los consagrados. Nuestra editorial hermana *Publicaciones Claretianas*, además de publicar varias obras suyas, ha recopilado en cuatro volúmenes –bajo el título de *Frecuentar el futuro-* su magisterio sobre la vida consagrada.

Muchas publicaciones están dedicando números especiales a glosar la figura del papa Francisco como pastor universal, impulsor de la sinodalidad, amigo de los pobres, explorador de fronteras, etc.

Siguiendo esta senda, *Vida Religiosa* quiere recordarlo, sobre todo, como uno de nosotros, un religioso jesuita que vivió con intensidad su vocación al seguimiento de Cristo casto, pobre y obediente. Queremos también sintetizar los acentos de su acompañamiento lúcido y cordial a la vida consagrada.

Completamos este número especial de la revista con el testimonio de algunas personas consagradas que, en circunstancias y grados diversos, tuvieron alguna relación con él. Sus palabras nos ayudan a dibujar con la finura del detalle la silueta de un Papa que amó tanto a la vida consagrada que hasta instituyó un año especial dedicado a ella para mirar al pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza.

Gratitud, pasión y esperanza son tres palabras clave que nos ayudan a expresar nuestros sentimientos en el recuerdo del querido papa Francisco. 



Francisco, el Papa de los pobres

Martín Carbajo-Núñez, OFM
Profesor de Teología

Me han pedido que comparta una reflexión sobre el papa Francisco desde mi experiencia personal y académica. A lo largo de sus doce años de pontificado, he seguido con entusiasmo su Magisterio. Él ha inspirado mi labor intelectual y docente, que he plasmado en treinta libros y más de un centenar de artículos (cf. www.antoniano.org).

Algunos hitos de su pontificado

En su ejercicio del Magisterio, el papa Francisco no ha querido imponer ideas, sino iniciar procesos que, bajo la guía del Espíritu Santo, continúan madurando en el seno del pueblo de Dios.

Eligió el nombre de Francisco porque quería emular al santo de Asís en su apertura incondicional a todos los

hombres y a todas las criaturas. “Ve y repara mi Iglesia”. Con ese espíritu, abrazó a la hermana madre tierra y abrió las puertas de la Iglesia a los marginados y excluidos.

Una Iglesia sinodal y abierta a todos

A través de los sínodos –sobre la Familia (2014-2015), la Amazonia (2019) y la sinodalidad (2021-2024)–, enfatizó la necesidad de la escucha, la colaboración y la corresponsabilidad en la toma de decisiones entre el pueblo fiel, el colegio episcopal y el Obispo de Roma: Todos necesitamos sentarnos “a escuchar al otro” (FT 48); “cada uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo”. Ni siquiera quiso acallar las críticas feroces que algunos “papistas”, incluyendo cardenales, han dedicado a su persona.

También convocó el Sínodo de los Jóvenes (2018) y, desde su primer encuentro con ellos en Río de Janeiro (2013), los animó a “hacer lío”, es decir, a ser protagonistas de una Iglesia viva, dinámica y misionera.

Como buen “pontífice” (constructor de puentes), fomentó el diálogo a todos los niveles. El 4 febrero de 2019, en el octavo centenario del encuentro entre san Francisco de Asís y el sultán, firmó con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb en Abu Dabi el “Documento sobre la fraternidad humana” que luego integró en su encíclica *Fratelli tutti* (2020).

Pastores con «olor a oveja»

Esa Iglesia sinodal requiere pastores cercanos, “con olor a oveja”, que inspiren y estimulen la participación de todos. Para ello, impulsó una reforma del liderazgo eclesial. Recordó que el Papa no está “por encima de la Iglesia; sino dentro de ella como bautizado entre los bautizados y dentro

del colegio episcopal como obispo entre los obispos”. Él mismo pedía humildemente oraciones a todos y eligió vivir sencillamente en Santa Marta. Recordaremos siempre sus gestos, su cercanía afectuosa a todos.

Asimismo, insistió en que los obispos son, al mismo tiempo, maestros y discípulos. A veces, deben “caminar detrás del pueblo [...] porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos” (EG 31). También impulsó normas más estrictas frente a los abusos sexuales dentro de la Iglesia.

Con motivo del sínodo de la Amazonia, invitó a los pueblos indígenas (y con ellos, a todos nosotros) a sentirse corresponsables de las iglesias locales.

Una Iglesia pobre y para los pobres

“Cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres”, exclamó al inicio de su pontificado. Con este objetivo, emprendió la reforma de la Curia romana, estableció la Sección de Migrantes en el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral y promovió la transparencia económica en el Instituto para las Obras de Religión (IOR).

Mientras denunciaba la “globalización de la indiferencia”, invitaba a escuchar el grito de los pobres y proclamaba el Jubileo de la Misericordia (2015-2016).

La Iglesia, pueblo de Dios, debe ser un “hospital de campaña” para los heridos, no un museo de santos. Debe estar siempre “en salida” hacia las periferias existenciales. Él mismo visitaba cárceles, campos de refugiados y países empobrecidos.

En el ámbito socioeconómico, criticó el paradigma tecnocéntrico, que acrecienta las desigualdades y amenaza la sostenibilidad. Para contras-

tarlo, propuso una economía inclusiva, ética y solidaria, inspirada en Francisco de Asís, orientada al bien común y “atenta sobre todo a los pobres y a los excluidos”. En 2020, convocó en Asís a jóvenes economistas menores de 35 años, dando origen al movimiento “La economía de Francisco”.

Ecología integral: escuchar el grito de la tierra

La hermandad humana y la amistad social que el Papa propone en la encíclica *Fratelli tutti* se integran con la fraternidad cósmica que desarrolla en *Laudato si'*. En efecto, todo está relacionado. Su propuesta de ecología integral no separa la defensa del medio ambiente de la justicia social y del respeto a la dignidad humana, pues “no hay ecología sin una adecuada antropología” (LS 118).

Un momento emblemático fue su oración el 27 de marzo de 2020, en plena pandemia por COVID-19: solo, bajo la lluvia, ante una plaza de San Pedro vacía, mientras afirmaba: “No hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta... Ahora te suplicamos: ‘Despierta, Señor’”.

Mi experiencia personal con el papa Francisco

El 13 de marzo de 2006 tuve el privilegio de conocer en Buenos Aires al entonces cardenal Jorge Mario Bergoglio, cuando era arzobispo y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. Me encontraba en la ciudad como presidente de la Comisión pro-afiliación de la Pontificia Universidad *Antonianaum*, realizando una visita oficial para renovar la afiliación del Instituto Teológico “Luis Bolaños” (ITF). Tras reunirme con el obispo de la diócesis de Merlo-Moreno, que estaba bajo su jurisdicción metropolitana, me acerqué a saludarlo.

Escuché mucho de su cercanía pastoral a los más pobres, de cómo había creado parroquias y promovido programas educativos en los barrios más vulnerables, mientras denunciaba los efectos negativos de las políticas neoliberales. Aún conservo el texto de la homilía que pronunció ese día.

Recuerdo con especial veneración tres de mis encuentros con él durante su pontificado. El 20 de septiembre de 2013, me acerqué a obsequiarle uno de mis libros sobre economía. Con esa calidez humana que lo caracterizaba, lo hojeó con interés mientras yo le explicaba su contenido. Recordamos también nuestro anterior encuentro en Buenos Aires.

El 9 de febrero de 2019, en un encuentro promovido por la Academia Alfonsiana, le entregué otros nueve libros de mi autoría. Mientras leía su discurso, alzó la mirada y nos animó a sensibilizar al pueblo de Dios sobre la gravedad del pecado ecológico. Me emocionó este inciso, pues sobre ese aspecto yo mismo había insistido en diversas publicaciones.

El 23 de marzo de 2023 le llevé otros doce libros. Su salud ya estaba debilitada, pero su espíritu seguía lleno de humor y cercanía. Después de hojear los primeros seis, me sonrió y bromeó: “¿Pero usted escribe también durante la noche?”.

Todas las veces que le saludé manifestó esa humanidad sencilla y acogedora que tanto esperaba de los pastores de la Iglesia.

* * *

El 3 de octubre de 1226 Francisco de Asís quiso morir desnudo sobre la tierra desnuda, mientras bendecía a sus frailes que entonaban el cántico de las criaturas. Ocho siglos más tar-

de, el Papa que lleva su nombre también pide ser colocado en la tierra; sin decoraciones especiales. Se ha ido poco después de haber bendecido a todos.

Ahora que ha partido a la casa del Padre, siento un gran vacío, pero también la alegre certeza de que su espíritu sigue guiándonos. Él nos abrió caminos nuevos y nos mostró horizontes luminosos hacia los que

caminar como Iglesia y como familia cósmica.

¡Soñemos con él un mundo más fraterno que escuche el clamor de la tierra y el grito de los pobres! ¡Sigamos construyendo juntos una Iglesia sinodal, siempre “en salida” hacia las periferias, con pastores que, como él, lleven el “olor a oveja”!

No perdamos la esperanza: el Papa que tanto nos pidió que rezá-

“A mí me gusta mucho encontrar a los religiosos o religiosas ancianos, pero con los ojos brillantes porque tienen el fuego de la vida espiritual encendido. No se apagó ese fuego. Seguid hacia adelante hoy, cada día, y continuad trabajando y mirando el mañana con esperanza”





Francisco, un Papa religioso

Antonio Bellella Cardiel, CMF
Director del Instituto Teológico de Vida Religiosa

Gregorio XVI, monje camaldulense, fue elegido Papa en 1831. Pasaron 182 años hasta que otro religioso, el jesuita Jorge Mario Bergoglio, ocupó la sede romana. Las circunstancias de la elección de ambos son análogas. Los dos asumen su ministerio en tiempos de incertidumbre y afrontan la responsabilidad de decidir dónde debe situarse la Iglesia y cómo dirigir la nave de Pedro en el mar agitado de una sociedad en ebullición. Sus respuestas son muy diferentes.

Gregorio pasó a la historia como un Papa que vivió a la defensiva, mientras que Francisco será recordado como el pontífice en su literalidad, es decir, el que supo tender puentes. Para ello, se apoyó en dos claves de arco: la de su identidad como consagrado y la de su espiritualidad ignaciana. Es difícil entender su pontificado prescindiendo de su vocación religiosa y, en cuanto consagrado, deja un legado indiscutible del cual entresaco tres aspectos.

La casa es la misión. “Vengo del fin del mundo”. Así saludó a los fieles en su primera aparición pública. Francisco procedía de América Latina, la primera gran periferia de la Iglesia, el continente evangelizado por los consagrados. América, tierra misionada y misionera, ha sido el laboratorio donde lentamente la Iglesia ha adquirido la capacidad de no ser solo europea y eurocéntrica.

En las palabras de Francisco han resonado dos ecos muy presentes en la vida consagrada latinoamericana: el de la misión y el de las fronteras de la evangelización. El corazón de Francisco latía *cum Christo* y *cum Ecclesia*. El motor de su vida, como el de tantas personas consagradas, fue el anuncio del Evangelio por todo el mundo. Sus gestos abrían espacios de encuentro y diálogo dentro y fuera de los muros de los templos. Su insistencia en expresar la comunión en la diversidad y en reconstruir cada comunidad local carismáticamente fue un compromiso de su pontificado.

El lenguaje. Los historiadores dicen que a un Papa se le conoce en sus documentos y nombramientos. Francisco ha hablado más allá de las alocuciones y los textos. Podría decirse que ha sido un creador de lenguaje, mucho más atento al mensaje que a las palabras. Sus actos simbólicos, como por ejemplo el lugar de residencia y la visita a la cárcel cada Jueves Santo, han otorgado credibilidad a su persona y a la misma Iglesia. Como tantos fundadores, no cabía en los esquemas; al igual que ellos, se comunicaba con el testimonio.

Algunos de sus nombramientos son un derroche de elocuencia y pasarán a los anales de la historia. Dentro y fuera de Roma, hoy hay mujeres, en su mayoría consagradas, que ocupan puestos de alta responsabilidad

en la Iglesia. El colegio cardenalicio ha apostado por las iglesias jóvenes, incluyendo entre sus miembros un número mayor de consagrados. La renovación de los episcopados también ha pasado por invitar a más religiosos a prestar ese servicio. Sobre todo, después de la sinodalidad, nadie se referirá a las llamadas *mutuae relationes* a partir de los esquemas previos.

Mirar donde otros no miran. Escuchar lo que otros no escuchan. Incluir a quienes otros excluyen. Ser hermano de quien te considera enemigo. Estas expresiones recogen algunas propuestas programáticas de Francisco; forman parte de su proyecto de reforma eclesial y de sus continuas interpelaciones a la vida consagrada. Hay una lista interminable de obras y palabras con las que el papa Francisco ha demostrado tener una autoridad inusual, que hoy reconocen incluso las personas ateas.

Basta mencionar la cruz de Lampedusa, hecha con la madera de un cayuco lleno de migrantes ahogados en el Mediterráneo. ¿Cómo olvidar la serena respuesta que dio al niño huérfano que le preguntó por la suerte de su padre recién fallecido? Queda en la memoria la entereza con que abordó, tras el sínodo de la familia, la protesta de quienes se resistían a admitir en la vida eclesial a los que vivían una relación afectiva diferente. Me pregunto con cierta tristeza si, hoy que él se ha ido, habrá alguien que siga oponiéndose al sinsentido de la guerra con la fuerza que él lo hizo incluso el domingo de Pascua, con la voz ahogada, en la Bendición Pascual. **VF**



Acentos del papa Francisco en su acompañamiento a la vida consagrada

Pablo Largo Domínguez, CMF
Director de "Ephemerides Mariologicae"

Las intervenciones del papa Francisco en encuentros con consagrados superan las 300. Varían las ocasiones, los géneros de los documentos y los temas tratados. No rara vez improvisa, con estilo más coloquial.

Su comprensión, sensibilidad y propuestas, con rasgos propios, se sitúan en continuidad con sus predecesores, con el Vaticano II, con la tradición. Ca-

da línea de estas páginas es un hilo tomado de textos del propio Papa.

Identidad

La vida consagrada está anclada en el designio de Dios, forma parte de la Iglesia y de su carácter escatológico. Es *mirada* que ve a Dios en el mundo, voz que dice "Dios basta, lo demás pasa", *alabanza* que brota

a pesar de todo. Testimonia una búsqueda constante de Dios, un amor indiviso a Cristo, una entrega absoluta al Reino. Es presencia de profetas que conocen a Dios y a los hombres, disciernen y denuncian la injusticia.

La consagración valoriza la relación con Dios, la vida en comunidad prioriza la relación con los hermanos, la misión lleva al encuentro con los demás, en especial con los pobres; todo ello con espíritu de comunión y en sinergia con las demás vocaciones.

Francisco sitúa esta vida en el eje del tiempo y ante los desafíos de la historia. Está inserta en la memoria cristiana, que nos abre al *asombro* ante el misterio de Dios y a la *gratitud* por su obra. Y se ejercita en la memoria de las raíces del propio instituto, una memoria *deuteronomica* que ayuda a vivir de lleno el presente, con fidelidad creativa al carisma, y abre al futuro con esperanza renovada.

La asedian tentaciones que le impedirían ser el alba perenne de la Iglesia, fuego que enciende otros fuegos, centinela de la mañana. Una, la autorreferencialidad, espiritualidad del “espejo” que nos lleva a centrarnos en nosotros y convertirnos en ejércitos cerrados. Libera de ella sabernos llagados y ayuda a salir de ella habitar la vida desde dentro: caminar juntos, acoger las preguntas y expectativas de la gente.

Por la tentación de sobrevivir miramos demasiado las curvas de decrecimiento, cerramos el balance “en números rojos” y nos podemos volver temerosos y nostálgicos. Del carrerismo, que endurece el corazón, nos salvará volver a la llamada primera y buscar al Resucitado bajando a ungir los pies cansados de los hermanos. Por la mundanidad

nos fiamos de nuestros “carros” y “caballos” y andamos tras el bienestar y el poder.

«Poned a Cristo en el centro de vuestra existencia»

Jesús es el tesoro más grande, el sumo bien, el corazón palpitante de las cosas. Él es la vida, la esperanza, el futuro. Seguirlo en el camino de la humildad, pobreza y despojo, de Belén a la cruz, es la regla fundamental de la vida religiosa.

Viene a nuestro encuentro. Acogerlo, ponerlo en el centro, seguirlo es lo esencial. El encuentro diario con Él, en silencio, para percibir su mirada, nos renueva y reanima.

Y viene a mi encuentro en el otro. Contra la tentación de gnosticismo, se nos llama a reconocer su carne en los pobres, a tocarla en la carne de los que sufren, a acariciar sus llagas en las llagas del mundo; tocar para dejarnos tocar. Así nos configuramos con Cristo misericordioso. La pasión por Él lanza a la profecía de la compasión. La misión se ha de vivir por Él, con Él y en Él.

Discernimiento en el Espíritu a la luz del Evangelio

Es fundamental discernir: reconocer lo que proviene del Espíritu Santo, identificar lo que nos lleva a la Resurrección y no a una cultura de muerte, distinguir lo esencial de lo secundario, afinar esa sabiduría que permite ver y asumir prioridades. El objetivo es buscar y descubrir en todo la voluntad de Dios. Nos guiarán la Palabra de Dios, el Magisterio, personas expertas.

Mirando al pasado y confrontando el estado actual con el espíritu fundacional, el discernimiento lleva a purificar la historia y el carisma; mirando al presente, impulsa a vivir ese don con

pasión; mirando al futuro, permite seguir haciéndolo fecundo.

Debemos acrecentar ese *habitus* en todos. El discípulo educará cada día el corazón, a partir de los afectos, para huir de toda doblez. El formador ayudará a clarificar inmadureces, al sano crecimiento, a discernir decisiones, pero sin maltratar límites.

El horizonte es la fe: el Espíritu Santo ayuda a distinguir lo que vale eternamente y lo perecedero. Hay que pedirle esa gracia, que requiere mucha humildad y oración. Esta, con la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, lleva a asemejarse a Él y a ver la realidad con sus ojos. Así se podrá actuar con objetividad, serenidad y desapego del propio punto de vista, subordinándolo al bien común. Intervendrán también los superiores y la comunidad. Y en decisiones que afectan a la vida diocesana se contará con los pastores. Camino seguro para discernir las llamadas del Espíritu es ponerse a la escucha de las periferias de nuestro mundo.

Un corazón adorante

La oración, diálogo continuo con Dios y aliento del alma, trastoca por dentro. La misa, el oficio, la adoración, la meditación de la Palabra, el rosario, la lectura espiritual jalonan el día. La oración más pura es la *adoración*: detenerse ante Dios con respeto, con calma y en silencio para estar con Él y dedicarse simplemente a Él, darle espacio a Él y a su alabanza, y nada más; es pura intimidad con el Señor, que da paz y alegría, es des centrarse de sí para centrarse en Él.

Es el mayor medio para avanzar hacia la santidad. El Señor nos quemará la maleza del orgullo y de las ambiciones desmedidas. Sin tiempo diario intenso de oración, el vino será vinagre, las tareas se vacían de sen-

tido, las dificultades nos debilitan, el fervor se apaga.

Quien adora va a la fuente viva del amor y empieza a tratar a los demás como el Señor lo trata a él: se vuelve *humilde compañero de viaje de quienes se le confían*; no pasa de largo ante Cristo que sufre en sus hermanos. Orar es una misión activa, transforma la realidad, hace fecundo el apostolado.

La vida fraterna, gran escuela de discipulado

“La santificación es un camino comunitario”. Dios no nos llama a ser solistas, sino a formar parte de un coro que intenta cantar unido, aunque a veces desafina.

La comunión nace y se alimenta ante todo en la relación con la Trinidad. Cuando hay cruz, la forma de cargar con ella es la medida del amor, y una manera de manifestar al Resucitado es acoger a los hermanos que nos da. La armonía es el camino del Espíritu Santo: Él ama suscitar diferencias y hacer armonía llevando a discernir juntos y practicar el doble arte de escuchar y compartir. Importa mucho el diálogo intergeneracional.

Llamadas: pasar de una vida en común a una vida fraterna, construir un “nosotros” que integra, cultivar la “mística del encuentro”, la espiritualidad del convivir, cuidarse y ayudarse mutuamente, cuidar los pequeños pasos, cultivar el humor. La indiferencia es tumba de la caridad fraterna, y la murmuración una bomba destructora, un acto de terrorismo. ¡Muérdete la lengua!

La fraternidad es un signo profético, testimonia el poder humanizador del Evangelio, atrae a la gente. Y la misión es obra comunitaria, no de “campeones solitarios”.

La pobreza, madre y muro

La pobreza es guardiana, clave, columna de la vida religiosa. Es madre: sin ella no hay fecundidad; es muro: te defiende. El dinero es el primer peldaño para pasar de la consagración a la mundanidad religiosa. El diablo entra por los bolsillos.

¿Tienes algo a que estás apegado? Ese es el “Isaac” que sacrificar. Es una incoherencia que el interés prioritario de una institución educativa, parroquial u otra sea el dinero. Y fijarse un *ars bene moriendi* (no admitir novicios, vender propiedades y agarrarse al dinero) es la eutanasia espiritual. No se tiene la paciencia de Abraham: siendo él viejo y Sara estéril, dio crédito a la promesa. Vivamos una pobreza sobria y frugal con alegría y sencillez, preocupados de los que tienen menos suerte.

En salida misionera. «¡Despertad al mundo!»

El Papa nos convoca a no balconear, a *salir*: ir a las periferias geográficas y existenciales; compartir las alegrías y tristezas de la gente; llevar a cabo la revolución de la ternura; estar en medio de la vida dolorosa del pueblo y ensuciarse las manos con sus problemas; tener corazón de madre y vivir según la lógica del don.

El objetivo es evangelizar: irradiar el amor salvífico que brota de la Trinidad, llevar la caricia y ternura de Dios, dar a conocer a Jesús, contar su misterio de amor y ofrecer su vida, atraer hacia Él, estando unidos a Él como sarmientos a la vid. La “vida en Cristo” garantiza la fecundidad del servicio.

La misión se desgrana en conductas: *mirar* al mundo con discernimiento, pero con simpatía, y ver con los ojos de Cristo a la humanidad herida y descartada; *atraer*, pues la Iglesia crece por atracción; *acoger*, que es

un desprenderme lentamente de lo mío, habituarme a darme a los demás, recibir a Cristo en cada persona que llega; *escuchar*, dar vacaciones a la lengua y ejercer el apostolado del oído; *predicar el Evangelio también con palabras*, o sea, ante todo, *testimoniar*; *inculturarlo* y practicar el diálogo de la caridad, de la verdad, de la vida; *acompañar*, *servir*; *ser santos*: “cada santo es una misión”. “¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!”.

La alegría, nota dominante

La alegría no es la euforia momentánea del joven que tiene experiencias fuertes, ni una especie de contento consumista, ni un plus decorativo. Nace de la relación con Dios: aun en las dificultades, Él nos acompaña, no estamos solos ni perdidos; nace del encuentro, del sentirse aceptado, comprendido, amado, y de aceptar, comprender y amar; nace y se nutre del encuentro con el Resucitado en la oración, la Palabra, los sacramentos, la vida comunitaria; nace de anunciar el Evangelio, de abrazar la carne de Cristo en los pobres. Se conserva dándola.

Es la mejor pastoral. Es feo ver consagrados con cara de velorio. La tristeza espiritual nos vuelve solterones infecundos. Que “el enemigo de natura humana” no nos robe la alegría y la esperanza. 

“La tentación de la supervivencia transforma en peligro, en amenaza, en tragedia, lo que el Señor nos presenta como una oportunidad para la misión”



Testigo antes que maestro

Aquilino Bocos Merino, CMF
Cardenal

Cuando el 20 de mayo de 2018, solemnidad de Pentecostés, al acabar el rezo de la antífona mariana *Regina Coeli*, el papa Francisco anunció mi nombramiento como cardenal de la Iglesia católica me quedé muy sorprendido. Enseguida comprendí que ese nombramiento era, en el fondo, un reconocimiento a la vida consagrada por parte de un Papa que la conocía desde dentro porque él mismo era religioso. De hecho, así me lo confirmó en una conversación.

Antes de esa fecha, tuve varios contactos, en calidad de superior general de los claretianos, con el entonces arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio. Incluso coincidimos en las asambleas plenarias de la CIVCSVA. Eso me permitió dialogar con él y conocer mejor su pensamiento.

A partir de mi nombramiento como cardenal, he tenido la oportunidad de encontrarme personalmente con el papa Francisco en varias ocasiones. Siempre he admirado en él su talla humana, espiritual y pastoral.

Ahora, al evocar su figura, recuerdo que, en las congregaciones generales previas al cónclave de 2013, el entonces cardenal Bergoglio expresó su deseo de que el próximo Papa fuese un hombre que, desde la contemplación de Jesucristo, ayudase a la Iglesia a salir de sí misma hacia las periferias

existenciales, que la ayudase a ser la madre fecunda que vive de “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”. En realidad, estaba retratándose a sí mismo, como luego se puso de manifiesto en su primera exhortación apostólica *Evangelii gaudium*.

Todo su pontificado ha estado orientado hacia la reforma de la Iglesia, hacia la “conversión pastoral”, que tanto relieve adquirió en la Conferencia de Aparecida (2007). Esta reforma se aprecia en la configuración de la Curia romana, en el empuje dado a la sinodalidad y en el nuevo estilo de gobierno desde la cultura del servicio. Pero va mucho más al fondo. Para el papa Francisco la verdadera reforma supone una fe viva que ilumine y anime el camino de la Iglesia.

Y aquí es donde encuentra su lugar la vida consagrada. El papa Francisco la conocía desde dentro. Abundan en él –ya desde su etapa como arzobispo de Buenos Aires– las expresiones de admiración, cercanía y gratitud. Al mismo tiempo, ha señalado con audacia las tentaciones que más la afligen: la ideologización, el funcionalismo, el clericalismo y la autorreferencialidad.

El Año de la Vida Consagrada fue una iniciativa del papa Francisco que muestra a las claras su amor por esta forma de vida cristiana. Considero que de él nos quedan tres provocaciones que señalan también caminos

de futuro: la alegría, la fecundidad y el involucrarse activamente en procesos de conversión y transformación. Y, por supuesto, su lúcido y estimulante magisterio sobre la vida consagrada

a lo largo de los doce años de pontificado. Por eso, los consagrados, ante su sacrificado ministerio, sólo tenemos una palabra: GRACIAS. 



Un padre, un maestro, un hermano y un amigo

José Rodríguez Carballo, OFM
Arzobispo de Mérida-Badajoz

Se me pide desde la revista *Vida Religiosa* un breve testimonio sobre el papa Francisco, que nos acaba de dejar. Aunque sabíamos de su débil estado de salud, la noticia de su muerte nos ha sorprendido y entristecido. Nos consuela la certeza de saber que él, que acompañó al Señor durante el triduo pascual en el camino del Calvario, lo ha acompañado en su resurrección. Descanse en paz el amado papa Francisco. El Señor Resucitado le dé la gracia de resucitar con Él.

Con el papa Francisco he tenido una relación muy particular e intensa. Fui el primer obispo nombrado por él a los pocos días de su elección. Había sido elegido Papa el 13 de marzo de 2013 y el día 6 de abril ya se hizo público mi nombramiento como Arzobispo Secretario de la entonces Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA). Aunque lo conocí de cerca en la V Asamblea del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (2007) -donde tuve la gracia de trabajar en el mismo grupo de trabajo al que también él pertenecía-, fue durante casi once años de servicio a la vida consagrada en el Vaticano cuando mantuve una relación muy directa, estrecha y personal con él.

¡Cómo olvidar momentos entrañables como la entrevista que me concedió el 12 de diciembre de 2019, o cuando me ofreció unas pastillas durante una audiencia personal para calmar el dolor que me estaba causando una alergia que me afectaba a los ojos! ¡Cómo olvidar las numerosas audiencias personales que me concedió durante estos años, o la llamada telefónica para desearme que todo fuera bien cuando estaba bajando al quirófano en una clínica romana! Gracias, papa Francisco, por ser para mí, como ya dije en otras ocasiones, un padre, un maestro, un hermano y un amigo. Conocerlo de cerca ha sido una gracia que inesperadamente me dio el Señor.

En estos momentos, más allá del dolor y la tristeza que comparto con muchos otros que lo conocieron y amaron, quiero dar gracias a Dios por su persona y por su pontificado; por este pastor fiel y solícito que entregó su vida, sin reservas, al servicio de la Iglesia y del mundo.

Quiero dar gracias a Dios por este pastor “con olor a oveja” -como nos pidió muchas veces a los obispos y sacerdotes-, por su cercanía, humildad y misericordia; por su humanidad, su sentido del humor y su

libertad; por ser hombre de escucha, de diálogo y de decisiones *atrevidas*, pero de acuerdo con el Evangelio.

Quiero dar gracias a Dios por haber nos dado un pastor que ha creído y fomentado la sinodalidad, una Iglesia pueblo de Dios donde pastores, consagrados y laicos colaboren y donde se ejerza una corresponsabilidad diferenciada.

Quiero dar gracias a Dios por este pastor cercano a todos, particularmente a los más vulnerables; por este profeta que denunció toda clase de injusticias y marginaciones y que constantemente gritaba en favor de la paz, como quedó patente en su mensaje pascual.

Quiero dar gracias a Dios por este pastor que ha puesto a la Iglesia en actitud de salida hacia las periferias existenciales y espirituales. Su gran preocupación era la de llevar el Evangelio a todos.

Quiero dar gracias a Dios por este pastor que deja un rico magisterio en sus encíclicas *Laudato si'* (2015), *Fratelli tutti* (2020), *Dilexit nos* (2024).

Quiero dar gracias a Dios por este pastor que, en sus doce años de pontificado, reformó la Iglesia, como lo demuestra la reforma del libro VI del *Código de Derecho Canónico*, libro de las penas, particularmente en lo referente al tema de los abusos sexuales a menores y personas vulnerables; que puso de relieve el papel de la mujer en la Iglesia, con nombramientos audaces; que amplió el colegio cardenalicio, de modo que fuera más católico y universal. Una reforma importante es la que propició dentro de la Curia romana con la constitución apostólica *Praedicate Evangelium* (2022).

Sobre todo, quiero dar gracias a Dios por su amor a la vida consagrada. La amaba profundamente. Y porque la amaba, alentó con todas sus

fuerzas el *Año de la Vida Consagrada* que tanto bien hizo a esta. Y porque la amaba profundamente, alentó reformas importantes en la legislación de la vida consagrada, cambiando varios cánones, sobre todo algunos referidos a la vida contemplativa. Se veía que amaba a la vida consagrada y de un modo particular a la vida contemplativa.

A los consagrados nos deja un magisterio abundantísimo, particularmente en la palabra que nos dirigió durante el Año de la Vida Consagrada (2016) y en la palabra que dirigía cada vez que un Instituto celebraba su capítulo general y en otras muchas ocasiones en que no dudaba en encontrarse con los consagrados que se lo pedían. Siempre nos invitó a soñar juntos, a trabajar juntos, a frecuentar el futuro, y siempre comprendió nuestras fragilidades.

Cabe señalar algo importante: el papa Francisco veía a la vida consagrada en el corazón mismo de la Iglesia y no podía pensar en la Iglesia sin pensar en la vida consagrada. Tenía claro que la vida consagrada había sido querida por Jesús mismo para su Iglesia y esta estaría incompleta sin vida consagrada. También estaba convencido de que la vida consagrada podía aportar mucho a la Iglesia; por eso en su pontificado ha nombrado bastantes obispos religiosos. Le entristecía –y mucho– que la vida consagrada no apostase por la fidelidad creativa y la transparencia de vida.

Querido papa Francisco: Descansa en paz y no olvides a tu Iglesia, a la Iglesia que tanto has amado. No olvides tampoco a la vida consagrada, a tu vida. Intercede por los que te hemos amado en la tierra y también por aquellos que te han criticado.

Un abrazo. 



Como la flor del almendro en primavera

Fernando Prado Ayuso, CMF
Obispo de San Sebastián

Los libros me acercaron a Francisco. Por ellos tuve desde el primer momento la suerte de conocer con profundidad su pensamiento, su estilo homilético y sus creativas expresiones, sus acentos pastorales y espirituales. Enseguida descubrí en ellos un ciclón, un huracán de sueños e ideas perfectamente conectadas entre sí. Sus palabras llevaban ya en sí la hondura espiritual de los profetas, la unión de los verdaderos amigos de Dios.

Entre aquellos primeros escritos de Buenos Aires encontré una expresión sugerente y preciosa: “Dios, como la flor de almendro que anticipa la primavera, siempre nos primerea”. Aquellos textos primeros de Bergoglio, con sus claves y acentos, “primereaban” al Francisco papa que se nos fue mostrando después.

Recuerdo personalmente a Francisco como un hombre de Dios al que se le notaba que lo era. Desde nuestro primer encuentro me impresionaron su sencillez y cercanía. Su manera de hablar con claridad y respeto, su manera de mirar y de escuchar atentamente, su sensibilidad y su libertad de espíritu, sus detalles personales y su sentido del humor hacían ver su riqueza humana y espiritual. De uno de tantos encuentros con él nació el conocido libro *La fuerza de la vocación*. El texto de aquella entrevista concluía así: “Verdaderamente, Francisco es un hombre enamorado de Jesucristo. Doy fe”. Ahora siento su partida

como la de quien despide a un ser querido y cercano. Vivo con profunda emoción y gratitud este cruce de caminos irreplicable en el que he sido tocado de cerca y confirmado en la fe y en la esperanza por la humanidad y sabiduría de Pedro.

Como misionero claretiano y ahora obispo he visto el impacto transformador que Francisco ha provocado en la Iglesia y en la vida consagrada, mostrándose para nosotros siempre como un verdadero hermano y amigo. Él recordó que nuestra vocación consagrada no es una reliquia del pasado, sino una llamada a seguir a Cristo con alegría y entrega. Nos desafió a salir de nuestra comodidad y a ser signos vivos del amor de Dios en las realidades más difíciles, destacando la alegría como esencial en nuestra misión.

Su legado a la vida consagrada es inmenso. Ahí quedan sus escritos y tantos encuentros con religiosos y religiosas. Y así, como la flor del almendro, Francisco ha “primereado” y desafiado a la vida consagrada, a la Iglesia y al mundo proponiéndonos caminos de futuro para este nuevo tiempo que emerge. Sin duda, el mejor legado que nos deja Francisco es el haber despertado muchos sueños en nuestros corazones dormidos. Que su memoria nos inspire siempre. **VF**



Papa Francisco, un testigo del corazón del Padre

Mathew Vattamattam, CMF
Superior general de los Misioneros Claretianos

Cuando pienso en el papa Francisco, en nuestros encuentros, en su magisterio y en su incansable esfuerzo por guiar a la Iglesia según las mociones del Espíritu, lo que más me impacta es su corazón de pastor. Su amor por la humanidad es tangible: abraza a los más frágiles, sufre con los que sufren y denuncia con valentía las injusticias del mundo. Es un reflejo vivo de la alegría del Evangelio, un hombre transformado por la fe y comprometido con hacer de la Iglesia una casa para todos.

Un Pastor cercano y atento

El 2 de marzo de 2018, en respuesta a una llamada del Vaticano para reunirme con el Papa, me dirigí a la recepción, donde me acompañaron hasta su biblioteca privada en el palacio apostólico. Me sorprendió saber que se trataba de una reunión personal con él. La conversación fluyó con calidez, a pesar de mi limitado español, y me impresionó su profundo conocimiento de los claretianos y de tantos misioneros.

Después de tratar el motivo principal de la reunión, le hablé de un caso delicado: un claretiano que, debido a un incidente en su adolescencia, ocurrido mucho antes de su ingreso al seminario, no podía ejercer el ministerio. No buscaba su intervención, sino su orientación. Me escuchó con atención y me animó a acompañar a este hermano con cariño y misericordia, reconociendo el dolor colateral que conllevan las decisiones de

la Iglesia en estos casos. No me sentí ante el Sumo Pontífice, sino ante un hermano mayor con el corazón abierto. Me conmovió su gesto de caminar conmigo hasta la puerta, recordándome la única conversación que tuve con Madre Teresa en 1994. Al igual que ella, posee el don de hacer que cada persona se sienta en casa, como hermano, parte de una familia más grande.

Una voz para los perseguidos

El papa Francisco lleva en su corazón un cuidado especial por los perseguidos, tanto dentro de la Iglesia como en el mundo. En 2018, en plena crisis anglófona en Camerún, nuestra misión claretiana en Muyengue fue brutalmente atacada. Los civiles huyeron a los bosques para sobrevivir. El 23 de noviembre de 2018, un equipo claretiano que llevaba suministros a los desplazados fue secuestrado y torturado durante seis días. Convenido de que iban a matarlo, uno de ellos incluso profesó sus votos perpetuos en cautiverio.

Escribí al Papa solicitando su intervención y apoyo a la Conferencia Episcopal de Camerún en la búsqueda de paz y reconciliación. Su respuesta fue inmediata: se sintió profundamente conmovido por su testimonio y me pidió transmitir su cercanía y admiración. Además, compartió la carta con el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, para que tomara en cuenta este asunto. Poco después, una delegación vati-

cana visitó Camerún, una señal de su genuina preocupación.

Atención a los detalles: la mirada del Buen Pastor

El 22 de febrero de 2019 participé como superior general en el Encuentro sobre la Protección de los Menores en la Iglesia, convocado con poca antelación por el Papa. Al mismo tiempo, se celebraba un Congreso Mariano Internacional, organizado por congregaciones consagradas al Corazón de María, como los eudistas, los claretianos y las hermanas del Buen Pastor. Solicitamos un mensaje del Santo Padre para la ocasión, pero no recibimos respuesta.

Durante una pausa, le mencioné la petición. Me respondió que su secretario se había encargado. Sin embargo, a la mañana siguiente, al entrar en el aula Pablo VI, me llamó y me dijo que, tras nuestra conversación, había sentido inquietud y descubrió que no se había enviado ningún mensaje. Cuando le pregunté si podía grabar unas palabras, tomó mi mano, me llevó a un rincón tranquilo y pronunció un mensaje espontáneo y lleno de amor sobre la revolución del amor de María. Su capacidad de atender a los detalles y responder con autenticidad y prontitud fue impresionante.

Un maestro del discernimiento

Una de las mayores lecciones que he aprendido del papa Francisco es el arte del discernimiento: vivir en sintonía con el Espíritu y actuar desde ese espacio. Cuando fui elegido Superior general en septiembre de 2015, nuestra congregación tuvo una audiencia con él. Dejando de lado su discurso preparado, habló desde el corazón, regalándonos tres verbos que transformaron nuestra vida y misión: adorar, caminar, acompañar. Ese encuen-

tro tuvo un profundo impacto en el capítulo, que se convirtió en más discerniente.

El don de la alegría

Donde hay religiosos, hay alegría. En la reunión con la Unión de Superiores Generales (USG) en noviembre de 2016, alguien preguntó al Papa cómo mantenía su paz y alegría en medio de los desafíos de la Iglesia. Su respuesta fue sencilla pero profunda: cuando fue elegido, el Señor le concedió esa gracia. La alegría y la paz interior son signos de Dios presente en la vida de sus elegidos.

Conclusión

Encontrarse con el papa Francisco era encontrarse con un hombre de compasión, claridad y coraje, un testigo del Corazón del Padre. Pastoreó con ternura y audacia, abrazando el sufrimiento, desafiando el poder y guiando a la Iglesia con discernimiento y gozo. Sus palabras y acciones nos recuerdan que liderar es servir, sufrir es amar y discernir es caminar en el Espíritu. **VI**





Los problemas internos se resuelven saliendo a la calle

Jolanta Kafka, RMI
Expresidenta de la UISG

Puede un encuentro llegar a ser paradigma de todos los encuentros y mensajes? Creo que ha sido así para Jesús y sus amigos, personas a las que encontró y transformó. Al fin y al cabo, el Evangelio recoge algunos de los encuentros y solo una parte de las enseñanzas, porque si se hubieran recogido todas no cabrían en las bibliotecas del mundo. Así me pasó con Francisco.

Estoy allí, en la audiencia con el papa Francisco. En la sala Clementina, voy a acompañar, junto con la coordinadora Gabriela Bottani, misionera comboniana, a un centenar de religiosas y algunos laicos, congregados en la asamblea de delegados de *Talitha Kum*. Este grupo reunía entonces a más de 2000 personas, principalmente hermanas; con él la UISG, tiene en su bandera el compromiso por la lucha contra la trata de personas. Era septiembre de 2019.

Me quedo un largo rato al lado del Papa, presentando a cada delegado. Durante esta hora voy captando y recogiendo como tesoro cada gesto de su rostro, ojos alegres y compasivos, atención en la escucha, sus manos y la disposición del cuerpo hacia quien se acerca. Una palabra atenta, una pregunta que saca del anonimato, una expresión simpática que hace desvanecer la timidez o suaviza emociones manifiestas. Esta es la gracia que irradia. Tengo la sensación de que todos aquí somos “cómplices” de luchar contra una de las plagas más

graves de la humanidad hoy. Pero con tanto humanismo, humildad y medida que solo puede entenderlas quien conoce la melodía del Evangelio... o la está aprendiendo. Y la vida consagrada que el Papa sueña renovada es especialista en estas melodías. Lo he podido constatar en otros encuentros con él.

Lo que conservo además de esta audiencia, es una de las frases del mensaje de Francisco que se convirtió en paradigmática, y resuena y susurra en el corazón cada vez que la pienso y la comparto: “A propósito de esta invitación a otras congregaciones religiosas (a dar continuidad al compromiso de lucha contra la trata), pienso en los problemas que tienen muchas congregaciones, y tal vez algunos, tanto femeninos como masculinos, podrán decirles: ‘Tenemos tantos problemas que resolver internamente, que no podemos...’. Dígales que el Papa dijo que los problemas internos se resuelven saliendo a la calle, para que entre aire fresco” (26 de septiembre de 2019).

Cada vez que me embargan dificultades o limitaciones, me pregunto: ¿Cómo “salir a la calle” para buscar soluciones? 



No te sientes huérfano. Te sabes en casa

Carolina Sánchez, FC
Directora general de Filiación Cordimariana

Así te experimentas cuando la amable providencia te lleva, como decimos coloquialmente, a *ver al Papa*. En aquellos breves pero intensos minutos, la emoción es indescriptible, la fe exulta y la alegría, *esa virtud peregrina*, es contagiosa y desbordante.

Así me he sentido en las dos ocasiones en las que he recibido el regalo de estrechar las manos, grandes y regordetas, del papa Francisco y de mirarle a los ojos. Una mirada y un contacto que han confirmado, gozosamente, mi identidad filial –vivirme hasta las entrañas como hija de la Iglesia– y consagrada –como miembro de Filiación Cordimariana, el instituto secular de la familia claretiana–.

La primera vez fue en agosto del 2022, en una audiencia a la que fuimos convocados un nutrido grupo de institutos seculares de todo el mundo con motivo del congreso mundial que se celebraba en Roma por aquellas fechas. Fue expreso deseo del Papa no solo dirigirnos un mensaje, cargado de esperanza y confianza en este peculiar don al que llamó *vocación de frontera*, sino también saludarnos personalmente, uno a uno. Los responsables del protocolo nos pidieron que, por petición explícita del Papa, no nos arrodilláramos ni le besáramos el anillo. De este modo, se nos hizo cercano como un padre entrañable, abrazando a sus hijos e hijas, mirándonos a los ojos, rostro a rostro, a la misma altura, rompiendo todas las formalidades y las distancias.

La segunda vez, fue justo un año después. Concretamente el 23 de agosto de 2023. En esta ocasión, fue en el aula Pablo VI donde se nos concedió el regalo de saludar al Santo Padre y de entregarle un presente –que después de mucho pensar consistió en un buen jamón ibérico español– para hacerle partícipe de nuestra alegría por el 50º aniversario de la aprobación pontificia de nuestro instituto. No nos conocía prácticamente; éramos y somos muy pequeñas. Nuestra manera de vivir, a modo de fermento en el corazón del mundo, prolongando la maternidad espiritual de nuestra Señora, implica abrazar la belleza y el drama de la vida ordinaria por las calles y las plazas, donde el cansancio, el dolor, los sueños de nuestros hermanos son los nuestros. Ahí, sin brillo, pero incisivamente, permanecemos testimoniando la bondad y la ternura de Dios con gestos cotidianos de amor.

No nos conocía... y, sin embargo, esta fue su cara cuando nos miró: en ella la alegría del padre que VE a sus hijas reconociéndolas hasta el fondo... *a nosotras que casi nada somos.* **VI**





En tiempos de Francisco

Omar A. Guarguati, CMF
Joven religioso. Colombia

Francisco ha traído consigo un corazón de pastor de periferias. Su vida como religioso jesuita y su trabajo en inserción en los barrios más humildes de Argentina siguen impactando en la vida religiosa de nuestro siglo. Personalmente, su llegada al obispado de Roma me causa impresión, ya que, desde mi ingreso en la vida religiosa, he podido acercarme con detenimiento a su pensamiento y a la forma en que ve la Iglesia, con un rostro cercano, amoroso y real.

Su persona y su ser entrañan un líder revestido de generosidad y cercanía, un pastor que sabe escuchar, pero también ajustar cuando las cosas no andan de la mejor forma; es a

“Poner a Jesús en medio de su pueblo es asumir y querer ayudar a cargar la cruz de nuestros hermanos. Es querer tocar las llagas de Jesús en las llagas del mundo, que está herido y anhela, y pide resucitar”

partir de allí donde su personalidad cala en la vida religiosa actual, donde los consejos evangélicos se convierten en una opción de vida no para coartar la libertad, sino para ser plenamente libres.

El papa Francisco ha sido incisivo al dar importancia a la tríada “adorar, acompañar y caminar”, tres aspectos que han sido relevantes en mi proceso vocacional y misionero. Esto me ha llegado al corazón y ha ido ubicando mi sentir y el amor a la congregación claretiana desde la herencia carismática de san Antonio María Claret. Es de vital importancia no perder el objetivo y fin último de nuestra opción misionera, entendida siempre como servicio.

En este sentido, los jóvenes religiosos debemos sentirnos convocados y enviados. Contamos con la fortuna de un Papa que ha puesto a la vida consagrada a trabajar en muchas dimensiones. Con él podemos aprender a poner al servicio de la misión nuestras virtudes, a trabajar en comunidad y a adoptar la santidad como camino de vida y misión. No es solo una propuesta, sino la invitación a una auténtica relación con los menos favorecidos, a dejarnos de discursos altivos, que solo se quedan en reflexiones maravillosas, pero vacías en cuanto a hacer la vida y profecía. **IV**



Una Iglesia de todos

Rita Aragón, ccv
Joven religiosa. España.

En la Iglesia caben todos, todos, todos. Estas palabras del papa Francisco en la JMJ de Lisboa resuenan en mi corazón como un eco de la llamada que me trajo hasta aquí. Mi vocación nació en una Iglesia que se abre, acoge y abraza la vida en todas sus formas, sin exclusiones. Una Iglesia que invita a caminar juntos, con la certeza de que cada historia es sagrada y cada persona es amada por Dios.

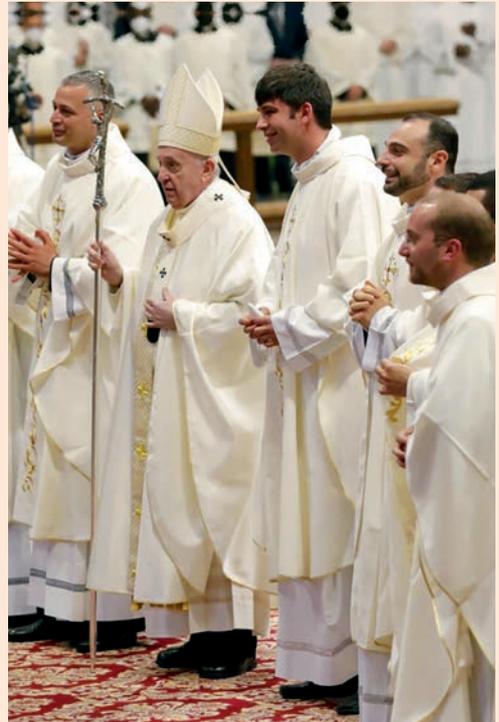
Desde el inicio, el magisterio de Francisco ha sido para mí un viento de frescura, con un matiz diferente en cada momento vital. Su testimonio de sencillez y cercanía me ha enseñado que la vida consagrada y la Iglesia son una entrega sin reservas: salir, ensuciarse las manos, amar a Dios en el rostro concreto del hermano.

“No tengan miedo, no huyan”, nos dijo a los jóvenes en la JMJ de Cracovia. Esas palabras resonaron en mi interior en aquel encuentro inolvidable, cuando tenía 18 años. En medio de aquella multitud de jóvenes de tantos lugares del mundo, descubrí con fuerza la alegría del Evangelio y el latido universal de la Iglesia. Allí se sembró una de las semillas que, junto a otras y con el tiempo, creció hasta convertirse en la certeza de mi vocación.

Ser religiosa joven hoy en tiempos de Francisco es acoger su llamada a una Iglesia en salida, que no teme la fragilidad ni se aferra a seguridades, sino que camina con audacia y ternura. Es hacer vida la misericordia y la sinodalidad en lo cotidiano, para que

la vida consagrada sea un signo de belleza en la Iglesia y en el mundo. En este horizonte, mi carisma como carmelita de la caridad Vedruna vibra en sintonía con este pontificado: llamadas a servir, a caminar con los últimos y con los jóvenes, a vivir la fe desde el amor y la alegría.

Sus doce años como sucesor de Pedro han sido un tiempo de gracia, porque vivir la consagración hoy, con Francisco como pastor, es aprender que el Evangelio no es una teoría, sino una historia de amor que se escribe con la vida. **VI**



GREGORIVS XIII PONT-MAX

“La vida consagrada es un encuentro vivo con el Señor en su pueblo. Es llamada a la obediencia fiel de cada día y a las sorpresas inéditas del Espíritu. Es visión de lo que importa abrazar para tener la alegría: Jesús”

